

# Revista Electrónica de Psicología Política

## DERECHOS HUMANOS E INTOLERANCIA: EL NACIONAL SOCIALISMO

Dr. Elio Rodolfo Parisí

Palabras clave: nazismo, judíos, genocidio. En este trabajo, tal como lo indica su nombre, trataré el hecho político y social que significó el nazismo, ya que para nuestra memoria colectiva y generacional considero de gran importancia arribar a un conocimiento del mismo que exceda la utilización vulgar que se hace del mismo.

Es interesante observar que en los escritos que se han escrito respecto del nazismo, o nacional socialismo, todos hacen referencia al antisemitismo que movilizaba a los alemanes en sus acciones contra los judíos. Es como si no se pudiera hablar o referirse a los alemanes bajo el gobierno nazi, sin dejar de soslayar el tema de los judíos. Aunque el movimiento político, llamado Partido Nacional Socialista Obrero Alemán, tuviera otros componentes y referentes tan graves y peligrosos como lo fue la persecución y masacre de seis millones de judíos. Si de algo se caracterizó el nazismo alemán fue de su permanente violación a los derechos humanos. Esta afirmación se puede entender en un análisis histórico, sociológico, político y psicológico, comprendiendo que existieron condiciones de posibilidad, orientadas por un marco ideológico de tipo totalitario, que permitieron y facilitaron toda una gama de conductas violatorias de los derechos humanos. Por lo que sostengo que el nazismo era en sí -intrínsecamente- violador y violatorio de los derechos humanos.

En los siglos XIX y comienzos del XX hubo en Alemania, una verdadera y poderosa tradición antiliberal, contraria a los movimientos desencadenados en Inglaterra y Francia, con la llamada Revolución Inglesa del siglo XVII y la Revolución Francesa del siglo XVIII respectivamente, que tenían como estandarte y sostén ideológico los conceptos de derecho natural, libertad individual, universalismo, igualdad, fraternidad y paz. La filosofía social, representada con el auge del romanticismo, fue el movimiento más importante del pensamiento alemán, cuyos mentores, tales como Hegel, Adam Müller, Julius Langbehn, Paul de Lagarde, Heinrich von Treitschke, J. G. Fichte y Moeller van den Brick, sostenían conceptos de poder, autoritarismo, nacionalismo, racismo e imperialismo.

Estos conceptos ideológicos eran totalmente opuestos a los que sirvieron de motivo para las revoluciones burguesas mencionadas. Tanto en Francia como en Inglaterra, el romanticismo estuvo limitado a la imaginación literaria, como una forma de protesta contra la tradición clásica de medida y orden; en cambio, en Alemania, se convirtió en una filosofía sistemática constituida por una serie de libros elaborados y coherentes sobre el hombre, la sociedad, el derecho y el Estado. Los románticos alemanes, en su teoría del Estado, formularon una concepción organicista basada en la raza y en la comunidad, donde el individuo ocupaba un lugar relativamente secundario, rechazando la teoría del Estado liberal de occidente basada sobre el contrato social, donde el individuo tenía derechos anteriores a los del propio Estado.

En cuanto a lo económico, los románticos alemanes calificaron a la economía de libre mercado como de "egoísmo desalmado", defendiendo la restauración de la economía cerrada medieval controlada en cada detalle por la comunidad. Los más típicos de los románticos alemanes, como Adam Müller, no atacaron éste o aquél punto determinado de la tradición ética, política o económica, sino que combatieron, por el contrario, en bloque contra la tradición humanista y racional (Ebenstein, 1979).

Durante el siglo que precedió la aparición del nazismo existieron sobrados elementos que le dieron forma y constitución a este movimiento político. Las teorías e ideas racistas dominaban la escena alemana. La corriente liberal alemana, representada por Goethe, Kant, Lessing y Von Humboldt nunca alcanzó una posición dominante en Alemania, teniendo influencia solamente en los círculos académicos y literarios, pero no en los políticos. Los intentos realizados en 1848 y 1918 por parte de los liberales alemanes para orientar a la sociedad hacia los ideales occidentales de gobierno y, por ende, de sociedad, fueron aplastados con violencia por las fuerzas autoritarias y militaristas.

Los siguientes son dos aspectos seductores y esenciales de la teoría del Estado nazi. El primero es la concepción de la nación como una comunidad de individuos de raza homogénea, cuya misión es dominar el mundo. El segundo es la idea de que el Estado es superior a los individuos y a las leyes. El Estado, para el racismo, es una consecuencia de la lucha entre las razas. En una época determinada, la raza más fuerte - la aria - venció y sometió a las razas inferiores, fundando entonces al Estado.

Estos argumentos ideológicos que sostuviera el nazismo aparecen, en una lectura histórica de la cultura occidental, como una desviación severa y perversa de los ejes fundantes de esta cultura, tal como lo sostuve en la Introducción y en el Capítulo II. Los

elementos fundantes, que se remontan anteriormente a la era cristiana (siglo VI), se refieren a: a) al surgimiento de la democracia en Grecia, como expresión de la lucha de los derechos individuales y de la necesidad de libertad individual frente a los atropellos del Estado; b) a la aparición de la filosofía y del pensamiento racional, entendidos estos hechos no como accidentales, sino como necesarios para la consolidación de la cultura a la cual pertenecemos.

Al haber abandonado el mito -como forma exclusiva de interpretar la realidad- y, de esa manera, ser capaces de pasar al pensamiento racional, implicó que el hombre, al conectarse desde sus faltas e ignorancias con su mundo, visualizando sus límites temporales y terrenales, tuviera la necesidad de ser activo en su propia vida y en la de su comunidad, ya no aferrándose a un destino prefijado, sino construyendo su propio horizonte; c) el surgimiento de la ciencia, como manera de simbolizar la realidad y de dar respecto de ella una explicación racional a los problemas e incógnitas presentados; y e) el nacimiento de la paidea, como mecanismo de transmisión de los conceptos elaborados por la ciencia y por la filosofía. La cultura e ideología nazi se sustentó y abrevó de otras fuentes. Pero fue más que una restauración de la ideología antiliberal alemana.

El nazismo rechazó el principio de racionalismo occidental y, en la persona de Alfred Rosenberg -uno de los principales ideólogos de Hitler- acusó a Sócrates, por ejemplo, de ser el primer "socialdemócrata" de Europa y el causante de la "enfermedad" del racionalismo, por haber establecido el principio de que se debe intentar una solución mediante la argumentación y la discusión. Rechazó la religión cristiana, calificándola de complot diabólico judío para debilitar el vigor y la valentía militar alemanes.

Las ideas nazis fueron sumamente peligrosas y se llevaron a su punto extremo de nihilismo, rechazando todos los conceptos morales y tradicionales de Occidente, conceptos referidos a la naturaleza humana y su inalienable dignidad como persona humana. Ese nihilismo se manifestó claramente en las conductas de terror y asesinato utilizadas como política oficial de un estado totalitario. Los campos de concentración y las cámaras de gases nazis fueron algo más que fenómenos ocasionales o meramente accidentales en el proceso general del nazismo. Fueron y constituyeron su propia esencia, ya que en ellos los judíos fueron destruidos como seres morales y fueron reducidos a un simple número tatuado en sus cuerpos.

Esos campos de concentración fueron construidos para asesinar a los judíos, no para castigar a delincuentes ordinarios o políticos. La mayoría de las víctimas no fueron ni

siquiera acusados de haber hecho algún delito. Si el objetivo hubiera sido únicamente la matanza de los "enemigos" se podría haber hecho de otra manera. El exterminio, los campos de concentración, las cámaras de gas, la humillación, etc., demostraron a todas las poblaciones bajo el dominio nazi, y al mundo entero, que toda persona era potencialmente un recluso, y que su persona, su espíritu, su dignidad, podían ser reducidas a polvo, jabón o cenizas, si esa era la voluntad de los nazis.

En el esquema del nihilismo totalitarista nazi, la degradación del hombre no era el producto secundario del asesinato, sino que el asesinato era el producto secundario del proceso sistemático de degradación (Ebenstein, op. cit.). Si bien puede objetarse que el Partido Nazi ascendió al gobierno de Alemania de manera democrática, ya que lo hizo sobre una mayoría de electores, se podría decir que fue uno de los extraños casos de totalitarismo apoyado por la mayoría del electorado y aprobado por el parlamento de la Nación. Pero una vez que llegó al poder, en 1932, estableció, en primer lugar, los campos de concentración para los adversarios políticos. Luego logró una total uniformidad de aquiescencia pasiva por parte de la población. Fueron suprimidos todos los demás partidos políticos, incluso los ultraconservadores que originalmente le dieron su apoyo para formar gobierno en el Parlamento.

Los periódicos con tradición democrática y liberal fueron abolidos o incautados. La educación quedó en manos y bajo el control del partido nazi. El Frente del Trabajo gubernamental sustituyó a todos los sindicatos, que fueron declarados ilegales. Se atacó la estructura de la familia tradicional. Los hijos fueron alentados a denunciar la opinión expresada por sus padres en los ámbitos privados familiares, a la par que las mujeres solteras eran incitadas a procrear una "nueva raza", o "raza superior", a partir de la unión con jóvenes arios.

El nazismo utilizó las reglas de juego de la democracia para lograr el poder y, una vez que lo consiguió, arrasó con ella. Así fue como rigió los destinos de Alemania desde 1932 hasta 1945, en que fue derrotado en los campos de batalla -no en las urnas ni por la propia población en un movimiento revolucionario-. Este movimiento comenzó en 1919. Al principio estaba constituido por un pequeño grupo de descontentos de Munich. En sólo 14 años, incluyendo en sus filas a personas provenientes de todos los estratos sociales, se constituyó como un gran movimiento de masas. Quizás el más grande de la historia alemana. En él estaban representados los obreros sin empleo, los trabajadores provenientes del socialismo, anarquismo y el comunismo; los empresarios grandes a

pequeños, los miembros de las casas reales de los Estados alemanes y hasta los miembros de la familia imperial de los Hohenzollern.

Ebenstein (op.cit.) sostiene que de las clases sociales de Alemania, la clase obrera fue la que menos respondió, proporcionalmente, al llamado del nazismo. Los trabajadores manuales no estaban prácticamente representados en el partido nazi, mientras que los trabajadores de "cuello blanco" y las personas de clase media representaban la gran mayoría, en relación con la población alemana. Los trabajadores urbanos seguían en gran medida al partido socialdemócrata. La clase obrera no sólo no se interesaba por el nazismo, tampoco se interesaba por el comunismo. La baja clase media -los asalariados- fue la que, numéricamente, dieron el apoyo popular más fuerte al nazismo. Tuvo una gran repercusión el apoyo prestado por las clases superiores de industriales y grandes terratenientes, numéricamente poco significativa, pero social y económicamente muy fuerte.

Se sostiene que apoyaron al nazismo por dos razones: en primer lugar los nazis prometieron abolir los sindicatos libres, y en segundo lugar, los industriales comprendieron que la remilitarización de Alemania unida a una política exterior agresiva, sería beneficiosa para sus negocios.

El apoyo de la industria siderúrgica fue muy importante, especialmente la pesada. Antes y durante la segunda guerra mundial, la industria pesada alemana, gracias a sus alianzas con el nazismo, se benefició con la aportación de varios millones de trabajadores extranjeros deportados a Alemania desde los territorios ocupados por sus tropas, particularmente los del Este europeo. Como ejemplo, bastan recordar la película la Lista de Schindler -dirigida por S. Spielberg- donde se observa cómo se beneficiaba el protagonista de la mano de obra gratuita obtenida por parte de los judíos detenidos por el nazismo y, a su vez, en la notable obra de P. Levi (1958) que tan bien describe aquella situación de los "judíos económicamente útiles" para la consideración de los mandamases de los campos de concentración, paso previo a los campos de exterminio, a dónde irían a dar con sus huesos -para convertirlos en cenizas esparcidas al viento- cuando perdieran aquella valiosa cualidad económica.

Otro grupo de poder importante que brindó su apoyo al nazismo fue el de los militares, que en Alemania han constituido desde antaño una suerte de "casta". Ese apoyo se justificó en el deseo por parte de los militares, de la militarización de Alemania, para de esa forma rescatar el viejo modelo bélico germano y vengar la humillación sufrida por la firma del Pacto de Versalles que dio por concluida la Primera Guerra Mundial. Sin

embargo, este apoyo fue disminuyendo a medida que la guerra se iba perdiendo en los campos de batalla.

En 1923 los nazis trataron de conquistar el poder político por la fuerza, pero el intento fracasó. En las elecciones parlamentarias de 1932 el partido nacionalsocialista obtuvo 196 posiciones en el Congreso, que se componía de 584 miembros. En enero de 1933, luego de triunfar en las elecciones parlamentarias, el presidente von Hindenburg nombró a Adolfo Hitler -el fundador y dirigente de los nazis- Canciller de Alemania. Desde esa posición los nazis lograron consolidarse en el poder, y en las elecciones de marzo de 1933 el partido obtuvo 288 delegados al Congreso.

La constitución democrática de 1919 -sancionada por la República de Weimar- fue suspendida por Hitler, quien comenzó a legislar mediante decretos. En agosto de 1934 falleció el presidente von Hindenburg y -entonces- Hitler suprimió el cargo de Presidente de la República y asumió el gobierno con el título de Führer (caudillo o líder).

Hitler utilizó la teoría de la selección natural de las especies y la aplicó a la política. Exaltó el antisemitismo que yacía y transitaba el imaginario social de casi todos los alemanes desde hacía al menos un siglo. A la vez sostuvo que el Estado no podía mantenerse sólidamente en un régimen de economía pacífica, y que su instinto de conservación lo impulsaba a las luchas económicas y a la conquista de nuevos territorios. Al exaltar los valores de la raza aria, determinó -por las dificultades que conllevaba determinar quienes pertenecían a la misma- que se debía emplear un criterio político: el hecho de pertenecer al nazismo constituía el criterio de la selección de la raza. Para Hitler la conducta moral y política de los individuos constituía la raza.

En el libro "Los verdugos voluntarios de Hitler", su autor, Daniel Jonah Goldhagen (1997), sostiene que fue el antisemitismo, como ideología basal del pueblo alemán, el que permitió y condujo al terrorífico Holocausto. Por lo cual Goldhagen ubica como factor esencial al antisemitismo por encima de cualquier otra causa. Sostiene: "Es preciso reconocer lo que durante tanto tiempo han negado u ocultado en general tanto los intérpretes académicos como los no académicos: las creencias antisemíticas que los alemanes tenían sobre los judíos constituyeron la causa básica del Holocausto, y lo fueron no sólo de la decisión que tomó Hitler de aniquilar al pueblo judío en Europa (cosa que muchos aceptan) sino también de la voluntad que tenían los perpetradores de matar y tratar brutalmente a los judíos. La conclusión de esta obra es que el

antisemitismo impulsó a muchos millares de alemanes corrientes a asesinar judíos y, de haberse encontrado en una posición adecuada, habría impulsado a millones más.

Ni los apuros económicos, ni los medios coercitivos de un Estado totalitario, ni la presión psicológica social, ni unas tendencias psicológicas inalterables, sino las ideas acerca de los judíos que se habían generalizado en Alemania desde hacía décadas, indujeron a unos alemanes corrientes al exterminio de millares de hombres, mujeres, y niños judíos desarmados e indefensos, de una manera sistemática y sin piedad".

De todas maneras, el antisemitismo como expresión xenófoba era anterior al nazismo y se remonta al antiguo Egipto, 400 años a. de Cristo, cuando un grupo de sacerdotes egipcios destruyeron un templo judío sin causa ni razón alguna, situado en un isla del Nilo. En la actualidad, los egipcios siguen sintiendo aversión contra los judíos, especialmente contra los que habitan en Israel, ya que al igual que todo el Oriente Medio no los consideran un pueblo, sino un ejército de ocupación.

El mundo árabe y los elementos pro-árabes de América Latina, EE.UU., Europa y Africa son antisemitas. La Europa Oriental compartiría ese mismo sentimiento. Arnold Rogow (1975) sostiene que existen diferencias entre las formas modernas de antisemitismo y las variedades de otra época.

Por los datos recogidos durante el nazismo, tienen, las versiones modernas de antisemitismo, un carácter más ideológico y más virulento que en otros tiempos.

Tómese como ejemplo lo que ocurría con los griegos antisemitas. Estos decían que los judíos eran "diferentes", pero esas diferencias no eran las mismas que las que se señalaron posteriormente en la era cristiana. A los griegos les resultaba complicado entender la práctica del judaísmo y lo poco que comprendían lo rechazaban. Al ser los griegos politeístas, con su gran variedad de cultos y de dioses, con sus festivales, celebraciones, ceremonias y ritos, la imagen del monoteísmo que predicaba el ayuno, la atrición -que es el dolor de haber ofendido a Dios-, la observancia dietética y sexual y otras restricciones, les provocaban rechazo.

Los judíos actuaban el papel de puritanos en un mundo pagano y esto provocaba curiosidad y aversión. Tácito, el gran historiador romano, al observar que los judíos adoraban a Baco, comento: "... el culto de Baco era incongruente ya que este dios se consagraba a ritos de alegría y optimismo, siendo así que el ritual judío es absurdo y morboso".

Tácito sostenía que las costumbres judías eran "impías y abominables" y habían logrado imponerse gracias a la "depravación de los judíos". Sobre la prosperidad de los judíos

decía que se debía en gran parte a que los judíos "mantienen una obstinada lealtad entre ellos y siempre están dispuestos a compadecerse entre ellos, siendo así que por el resto del mundo sienten odio y hostilidad".

El biógrafo griego Plutarco decía que los judíos se abstendían de comer carne de cerdo porque ese animal era objeto de veneración.

Apion, que era el más devoto antisemita del mundo antiguo, tenía el resquemor de que los judíos bebían la sangre de los niños gentiles y elaboró una teoría sin antecedentes sobre la observancia judía del sábado. Apion decía que los judíos habiendo marchado durante seis días, desde Egipto, "... se les formaron tumores en las ingles y por esa razón decidieron reposar el séptimo día una vez llegados sanos y salvos al país llamado actualmente Judea, y llamaron a este día Sabbaton, conservando el término egipcio, pues el mal de ingles se llama en Egipto sabbö".

De todas maneras, la diferencia entre el mundo antiguo y nuestra contemporaneidad, es que ni los griegos, ni los romanos trataron de destruir las raíces y las ramas del judaísmo.

Los dos primeros siglos de la era cristiana son un tanto confusos en relación de las actitudes que se tuvieron hacia los judíos. El emperador Adriano prohibió a los estudiosos judíos dar clase o reunirse con sus alumnos. En el año 212, Caracalla les concedió plenos derechos de ciudadanía a los judíos. Durante el reinado de Alejandro Severo (222-235) se reconoció formalmente la identidad étnica y religiosa del judaísmo. Si bien no se les permitió hacer proselitismo, se les permitió convivir en paz y practicar su religión.

Durante el Imperio Romano la posición de los judíos sufrió grandes vicisitudes. Se llegó hasta utilizar la fuerza para que los judíos se convirtieran al cristianismo. Se les prohibía el acceso a los puestos de autoridad y el matrimonio entre judíos y cristianos. Se prohibió la construcción de sinagogas y frecuentemente hubieron actos individuales y colectivos contra los judíos.

Aún así, la cultura judía sobrevivió en partes de Europa, sobre todo en España, Italia y Francia. En la España del siglo XI tuvieron una época de florecimiento. Desde el siglo XI al siglo XIII inclusive, existió la "edad de oro" de los judíos españoles que vivían bajo el Islam, en el sur de la península, gozando de libertades y privilegios desconocidos en los países cristianos de Europa. Tanto judíos como musulmanes sintieron el estímulo de la aleación de sus culturas y ello condujo a descubrimientos de enorme trascendencia en medicina, matemáticas, física y astronomía.

Los judíos pudieron por primera vez desempeñar varias profesiones en las que hicieron valiosas contribuciones al carácter y formas de vida en la España musulmana. Esos privilegios que gozaron en España no tuvieron paralelo en otros países. En Francia y Alemania fueron perseguidos. Las cruzadas, a fines del siglo X causaron matanzas ciegas de miles de judíos y el suicidio de muchos de ellos. Ese fue el prelude de lo que ocurriría durante la Alta Edad Media, donde las matanzas de los judíos se convertiría en moneda corriente. Además se multiplicaron las restricciones legales y de toda índole, sobre todo a raíz de los Concilios de Letrán (tercero y cuarto, 1179 y 1215). El cuarto Concilio determinó que los judíos eran parias, a los que no cabía la menor relación social y mucho menos el matrimonio. Se les prohibió tener sirvientes cristianos, ocupar puestos públicos y salir a la calle la semana de Pascua. Se determinó que por ser infieles, los judíos debían llevar una marca especial en sus prendas superiores -un disco de tela amarilla-.

A su vez, en 1290 los judíos fueron expulsados de Inglaterra. Lo mismo ocurrió Francia en 1394, luego de extorsionarlos y de que ocurrieran varias matanzas. Los alemanes clasificaron a los judíos de servi camerae, es decir, siervos del Estado. Esto condujo a que debían pagar severos impuestos y a que se les confinaba a los trabajos más humildes. En España recién se les expulsó en 1492, pero durante el siglo y medio que precedió la expulsión, los reyes de Castilla y Aragón mantuvieron una persecución constante de los judíos. Esto sucedió en el mismo momento en que se expulsó a los árabes de España. Aún los judíos que se convirtieron públicamente a la fe católica fueron torturados por el Tribunal de la Santa Inquisición<sup>1</sup>.

La inquisición había sido instituida por el papa Inocencio III -cuyo papado duró desde 1198 hasta 1216- para terminar con la herejía de los albigenses -éstos constituían una secta de herejes del siglo XI-. En España, la Inquisición fue creada por concesión del Papa Sixto IV y establecida por los Reyes Católicos en 1480. Dirigida por el tristemente célebre Torquemada, estaba destinada a perseguir a los herejes, a los judíos, a los musulmanes conversos y más tarde a los luteranos. Esa intolerancia medieval tenía su origen en el fanatismo religioso. Los jefes de la Iglesia Católica creían que los judíos eran culpables de varias tendencias heréticas, como ser el movimiento de los albigenses. La grey católica culpaba a los judíos de la muerte de Jesucristo y les adjudicaban extraños ritos y misteriosas prácticas religiosas.

La Iglesia Católica durante siglos sólo aceptó de los judíos la conversión de éstos al cristianismo. El que no lo hacía era tratado como paria. El papa Pablo IV les exigió que

utilizarán un signo que hiciera patente su calidad de pueblo distinto e inferior. Asimismo creó los ghettos al obligar a los judíos a vivir separados de los cristianos en territorios delimitados a ese efecto. Además, como si todo esto fuera poco, elaboró una lista de las profesiones y ocupaciones que habrían de estar vedadas a los judíos.

Los protestantes fueron con los judíos tan intolerantes como los católicos. Martín Lutero manifestó su intolerancia al sostener que los judíos nunca se convertirían fácilmente al cristianismo. Se preguntaba: "¿Qué habremos de hacer, nosotros los cristianos, con esta raza condenada y proscrita de los judíos?... He aquí mi honrado parecer. Primero, habrá que prender fuego a las sinagogas. Segundo, habrá que desbaratar o destruir sus hogares. Tercero, habrá que privarlos de sus libros de oraciones. Cuarto, habrá que prohibir, bajo pena de muerte, que sus rabinos sigan enseñando... Sexto, habrá que prohibir que ejerzan la usura. Séptimo, habrá que obligar a los judíos y judías jóvenes y fuertes a que empuñen el hacha, el azadón, la pala y la rueca, para que se ganen el pan con el sudor de su nariz. Y si hubiese peligro, habrá que echarlos del país y acabar con ellos de una vez para siempre." (Marcus, 1960).

En el siglo XVIII los judíos habían sido expulsados de casi toda la Europa central y occidental. Donde quedaban grupos eran obligados a vivir en ghettos y a sufrir enormes humillaciones. Los ejércitos cosacos, en 1648, dieron muerte a millares de judíos alemanes que habían emigrado a Polonia. A finales del siglo XVIII se dio paso a una era de relativa tolerancia. En 1791, la Asamblea Nacional francesa reconoció a los judíos la plenitud de sus derechos civiles, ejemplo que las tropas de Napoleón trataron de imponer en aquellas tierras por las que pasaron.

En 1860 Inglaterra proclamó la emancipación de sus judíos. Esto se vio favorecido por el hecho de que la Reina Victoria tuvo como primer Ministro durante dos periodos, a Disraeli, un judío que jamás se avergonzó de su origen y que logró que los judíos ingresaran a la Cámara de los Comunes.

Por esa misma época, Alemania reconoció la igualdad de los derechos de los judíos (1870)<sup>3</sup>. De todas maneras, la población judía que vivía en la Europa oriental estaba sometida por el poder ruso a vivir en un gran ghetto, que era objeto de permanentes persecuciones, hecho que duró hasta 1917. Unos pocos lograron emigrar a la Europa occidental y otros a los EE. UU. El resto fue víctima de las cruentas incursiones del ejército imperial, de la policía zarista, de los cosacos, de los polacos, de los rusos blancos y de otros.

Los años que precedieron a la primera guerra mundial parecían que anunciaban años estupendos para los judíos. El tratado de Versalles intentaba garantizar los derechos políticos, sociales y culturales de las minorías de la Europa oriental. En la nueva República de Polonia se proclamó la emancipación de los judíos. En 1917 el secretario de Estado de asuntos exteriores británico sostuvo en la declaración de Balfour: "el Gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos la creación en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío..."

Pero las matanzas de los judíos que se produjeron en los años veinte en Polonia, Rumania y Ucrania sirvieron de antecedentes al exterminio nazi: hecho que se constituyó en el más aberrante de todos los ocurridos contra el pueblo judío.

Este rápido repaso histórico respecto de los permanentes atropellos contra el pueblo judío nos remiten a comprender diferentes etapas de nuestra cultura occidental. Se puede apreciar cómo en la cuna de nuestra civilización, en la Grecia antigua, los judíos eran considerados diferentes, pero eran tolerados. Esa misma civilización fue la que valoró los derechos individuales, la que creó la democracia, la que apreció la racionalidad y la que pasó del mito al logos. A través del paso del tiempo las condiciones fueron variando. Se produjeron muchos atropellos contra los judíos.

Luego, y durante varios siglos de oscurantismo, de la mano de las Revoluciones Burguesas -la inglesa y la francesa- se vuelven a respetar los mentados pilares de la civilización occidental: democracia, racionalidad, derechos humanos, etc. y es en ese preciso momento en que se abren nuevos espacios de tolerancia y respeto para las minorías.

El nazismo, como dije anteriormente, fue, en sí mismo, totalmente violador de los derechos humanos. Se apartó de los supuestos históricos de la cultura occidental y se recostó en la criminalidad del fanatismo, la ignorancia, la intolerancia y la perversión. Hubo en ese periodo un retroceso histórico inmenso, donde sólo le cupo lugar al salvajismo desenfadado.

En su discurso ideológico, en sus fantasías conscientes e inconscientes, en sus pretensiones económicas y de poder, en su necesidad de alimentar su descarada omnipotencia, los nazis creyeron encontrar en la llamada "solución final"<sup>4</sup> la resolución de todos sus males sociales, económicos, religiosos, culturales, etc.

Goldhagen (op.cit.) sostiene que el antisemitismo particular del pueblo alemán no puede ser obviado en un análisis respecto de las causas concretas del holocausto. Dice que no se puede negar ni minimizar la importancia de la ideología nazi y la de los

perpetradores, sus valores morales y el concepto que tenían de las víctimas como elementos motivadores de la voluntad de matar a aquellas personas.

Los alemanes "corrientes" eran impulsados por una clase particular de antisemitismo, que les llevó a la conclusión de que los judíos debían morir. A partir de esa afirmación, es que Goldhagen interpreta, tomando los hechos puntuales, que los perpetradores no quisieron negarse a cometer el genocidio. En este punto podemos observar cómo se apartaron los alemanes de un pensamiento racional -tal como señalara al comienzo de este Capítulo-, para abreviar en pensamientos mágicos, que tomaron una dimensión social escalofriante, puesto que la sociedad no pudo detener ese tipo de irracionalidad, sino, por el contrario, la alimentó. Lo mágico del pensamiento radicaba en la idea de que haciendo desaparecer, a través de cualquier forma, pero especialmente a través de la muerte a los judíos se les terminarían todos los problemas -de los alemanes-. Por cierta que esta idea no venía sola, sino que se acompañaba con la idea megalómana de la raza superior, la militarización alemana, la invasión a Europa, etc. Ideas que conformaban valores, actitudes y conductas.

En los Capítulos previos veíamos que la intolerancia frente al otro aparecía en el acto de la tortura. En el caso de los nazis, la intolerancia hacía los judíos excedió la discriminación social, el rechazo cotidiano, la agresión permanente, la molestia diaria, y superó ampliamente la tortura física, mental y moral para arribar a la muerte del "otro" como única y verdadera solución.

Estas ideas recorrieron todo el imaginario social y se constituyeron en acciones. Y ahí se institucionalizó la intolerancia. Y lo hizo a través de una forma organizada como lo fue un partido político que llegó al poder: el nazismo. En ese punto, el discurso oficial no era ajeno a la gente corriente, por lo menos a la gran mayoría. Reflejaba, por el contrario, un germen racial que estaba latente en el imaginario social de los alemanes de aquella época. Por eso se pudo llevar a cabo la matanza de seis millones de judíos<sup>5</sup>. Por que las acciones de los nazis reflejaban un discurso intolerante, petulante, omnipresente y omnipotente, pero que ya estaba presente en el cuerpo social alemán. Entonces lo que estorbaba era, concretamente, el "cuerpo social de los judíos". Por lo que había que matarlos<sup>6</sup>.

Los alemanes del nazismo no pudieron apartarse de su mitología endemoniada. No pudieron aprovechar sus pensamientos racionales y se guiaron por la paleocorteza del pensamiento primitivo. Se dejaron llevar por una afectividad -negativa- que no pudo, ni quiso ser controlada. El terror se constituyó en la expresión más grande del

totalitarismo. Y fue terror de Estado. El Estado dejó a las minorías sin sus garantías y derechos sociales y constitucionales. Se los arrebató, así como luego les arrebató la vida.

El Estado, frente a una sociedad complaciente, institucionalizó el terror montando una enorme estructura para la desaparición, explotación y humillación de los judíos, gitanos, europeos del este y opositores. Y el Estado estuvo gobernado y representado por Hitler. Al respecto, Goldhagen (op.cit) dice: "Hitler fue la fuerza impulsora detrás de la política antijudía. En los primeros años de su mandato, se conformó con unas soluciones de compromiso al problema judío, debido a la imposibilidad aparente, inmediata o incluso a largo plazo, de resolverlo según sus deseos. Todas las soluciones que él y sus subordinados pusieron en práctica derivaban directa e inmediatamente del mismo diagnóstico del problema, expresado con claridad por su antisemitismo racial eliminador en uno de los eslóganes coreados con más frecuencia durante los años del nazismo: Mueran los judíos.

Las políticas de los alemanes hacia los judíos no eran más que variaciones del tema eliminador común. Si bien las variaciones tenían unas consecuencias en extremo diferentes para las víctimas, eran más o menos equivalentes funcionales desde la posición ventajosa de los ejecutores: tenían el mismo motivo, que era el elemento crucial para explicar la trayectoria de la persecución. Las líneas de acción hacia los judíos compartían dos importantes características y objetivos: 1. Convertir a los judíos en seres socialmente muertos, unos seres a los que se dominara por la violencia, se les alienara por su origen y se les deshonrara en general y, una vez logrado esto, tratarlos como tales. 2. Apartar a los judíos, de la manera más completa y permanente que fuese posible, del contacto físico con el pueblo alemán y, en consecuencia, neutralizarlos como un factor en la vida alemana. Estas dos características se hallaban siempre en las dos líneas de acción hacia los judíos, al margen de cuáles fuesen las medidas adoptadas. La creencia en la deseabilidad de estos objetivos componía los axiomas de la política antijudía, su modelo cognitivo subyacente. La puesta en práctica de tales objetivos incluía una serie de líneas de acción y medidas variables, algunas de las cuales se superponían temporalmente: \* Agresión verbal. \* Agresión física. \* Medidas legales y administrativas para aislar a los judíos de quienes no lo eran. \* Obligarlos a emigrar. \* Deportación forzada y nuevo establecimiento. \* Separación física en guetos. \* Matar por medio del hambre, la debilidad y las enfermedades (antes del programa genocida formal). \* Trabajo de esclavos como alternativa de la muerte. \* Genocidio,

principalmente por medio de fusilamientos en masa, hambruna calculada y cámaras de gas. \* Marchas de la muerte."

Es evidente que tales líneas de acción, manifiestas y conscientes, estaban asociadas a los dos objetivos fundamentales de la política antijudía: producir la "muerte social" de los judíos y eliminar su presencia e influencia de la sociedad alemana. Porque molestaban como cuerpo social. Existía la fantasía de que había que liberar a Alemania del "yugo destructor" de los judíos. La expulsión de los judíos también fue de las actividades económicas. Esto se llevó a cabo con leyes promulgadas por el Estado alemán.

De todas maneras, el problema del antisemitismo, excede lo sucedido en la Alemania nazi. Aún cuando los datos históricos del nazismo resulten eternamente escalofriantes.

Creo que la única posible solución contra el antisemitismo, como axioma generador de valores y conductas, sea oponerle un fuerte pensamiento racional, tolerante y ético. Generado en el conocimiento del pueblo judío, su historia, sus conductas y sus debilidades. Sólo nos puede salvar una conciencia racional. Aquella que, desde los antiguos griegos, viene asomándose de la mano de la tolerancia, la ciencia y la democracia.

---

Bibliografía EBENSTEIN, A.: (1979) "Nazismo". En Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales, Tomo 8, Ed. Grijalbo S.A., Bilbao. LEVI, P.: (1958) Si esto es un Hombre. Muchnik Editores, Barcelona, 2000. GOLDHAGEN, D.: (1997) Los verdugos voluntarios de Hitler. Ed. Taurus. Madrid, 1998. ROGOW, A.: (1979) "Antisemitismo". En Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales, Tomo 2, Ed. Grijalbo S.A., Bilbao.